

Almudena Grandes y la pedagogía colectiva de la memoria¹

REMEDIOS SÁNCHEZ-GARCÍA

Universidad de Granada

España

reme@ugr.es

(Recibido: 05-12-2021;
aceptado: 24-12-2021)



© Fotografía: Itziar Guzmán

¹ Para citar este artículo: Sánchez-García, Remedios (2022). Almudena Grandes y la pedagogía colectiva de la memoria. *Álabe* 25. [www.revistaalabe.com]
DOI: 10.15645/Alabe2022.25.12

Honesta dignidad erguida y libre, sereno conocimiento de un tiempo perverso, de asesinos de tiro en la frente que algunos han pretendido que olvidáramos, se nos ha ido, como del rayo, Almudena Grandes, la novelista que hizo del compromiso con la verdad de los caídos, de los que perdieron todo -casi un millón de personas, incluso la vida-, un modo de reivindicación de la justicia desde su ética intachable, su conocimiento de la Historia (no debe olvidarse que era historiadora) y esa mirada serena, siempre plena de emoción y coherencia que acompañaba su palabra.

Almudena de las causas imposibles, Almudena de la dignidad de los muertos, Almudena con la democracia desde la izquierda se ha convertido progresivamente en la cronista de una época de horror, penurias, amarguras, tristezas, desencantos, traiciones y desgracia. No pudo tener Benito Pérez Galdós mejor heredera que la madrileña, una mujer valiente, inasequible a desalientos y esfuerzos, autora de una pentalogía imprescindible para conocer nuestro pasado último (la única manera de no repetir errores es conocerlos) que ahora no podrá acabarse. Quedan huérfanos los más de un millón de lectores que han seguido los Episodios de una Guerra Interminable (*Inés y la alegría*, *El lector de Julio Verne*, *Las tres bodas de Manolita*, *Los pacientes del doctor García* y *La madre de Frankenstein*, publicada en 2020); tocaba, en este momento que principia este 2022 cargado de incertidumbres, la sexta entrega pero, como escribiera en su Elegía a Ramón Sijé Miguel Hernández, “Temprano levantó la muerte el vuelo,/ temprano madrugó la madrugada,/ temprano madrugó la muerte” para llevarse a esta arquitecta de la Historia no contada de unos años negros de guerra y de fusiles, de sangre derramada y cadáveres en las cunetas o en las fosas del dolor en la España desamparada.

Llevamos un bienio terrible en los que estamos perdiendo a personas de extraordinaria valía, referentes éticos de una nación que los necesita imperiosamente para no caer en la superficialidad que nos venden desde algunos medios de comunicación, ésa que se convierte en reflejo instantáneo, en réplica banal en las redes sociales donde los jóvenes se miran como en un espejo. Por eso se necesitan personalidades fuertes como la de Grandes, una escritura sin complejos, capaz de asumir las críticas de la radicalidad ideológica ultramontana. El problema es que las nuevas generaciones de novelistas (también de poetas o dramaturgos) están aún en proceso de desarrollo, hubieran necesitado un plazo mayor para alcanzar este grado de madurez que destila su obra, y no sólo en las novelas mencionadas. Hay que referirse también a la provocadora *Las edades de Lulú* (con el que obtuvo el Premio ‘La sonrisa vertical’ en 1989); luego vinieron *Te llamaré Viernes* (1991), *Malena es un nombre de tango* (1994), *Atlas de geografía humana* (1998), *Los aires difíciles* (2002), *Castillos de cartón* (2004), *El corazón helado* (2007) y *Los besos en el pan* (2015). Simultáneamente, sus relatos *Modelos de mujer* (1996) y *Estaciones de paso* (2005). Y naturalmente sus artículos, recogidos en *Mercado de Barceló*, publicado en 2003, donde recoge una selección de sus columnas de ‘El País’, enmarcadas en este mercado de abastos madrileño, construidas con su perspicacia habitual mostrando una suerte de análisis sociológico del contexto polifónico actual y la frescura de su lenguaje. Esto, unido a su claridad expresiva (que ya decía Ángel González que es significación

potenciada), a la infrecuente pericia para saber lo que debe decirse porque es relevante y lo que no tiene trascendencia, es primordial para lograr la implicación de quien lee (aún) los periódicos. Sucede algo parecido con su otra compilación, *La herida perpetua* (2019), con un perfil centrado en un análisis crítico de un periodo en el que la corrupción se convirtió en protagonista indeseada de nuestra vida cotidiana mientras la ciudadanía andaba entretenida entre ‘panem et circenses’, que ya decían los latinos. Reitero: tengo la impresión de que no estamos aún preparados para tomar el testigo y, de pronto, por circunstancias terribles como ésta, nos vamos quedado (cada uno en su profesión) en esa primera línea de mar, mirando desconcertados la inmensidad azul del infinito, y sin tener claro de qué manera continuar la tarea de quienes han dedicado con tanta honorabilidad su trayectoria a rescatar la realidad ocultada largamente.

Comparto con Luis García Montero, su esposo, una certeza: “se ha perdido la capacidad de admirar, de amar, de confiar en lo que nos llama a comprometernos”. Esto es lo preocupante, lo que hay que recobrar con urgencia: la necesaria facultad para apreciar el talento de quienes dan la voz de alarma cuando todo en derredor nos falla. Almudena ha sido/es un ser humano con una inmensa generosidad en el alma, con sus manos limpias y ha desplegado una fuerza colosal, la misma de un torrente que se desborda, sólo que ha sabido domeñarlo con la eficaz persistencia con la que la lluvia cala en los trigales, con la responsabilidad que implica ahondar en lo que algunos -los vencedores, siempre los vencedores- afirmaban que no convenía recordar porque no respondía a lo políticamente correcto y podía reabrir heridas. Como si alguna vez se hubieran cerrado para los hijos o hijas, hermanos, herederos de la pena inextinguible por ausencias inexplicables catalogadas únicamente con el marbete de “muerte por herida de guerra”. Así, Almudena ha ejercido de conciencia para un país entero, de voz de los derrotados y de estos herederos necesitados de justicia, de que los muertos, todos los muertos, puedan descansar en la paz de los cementerios dignamente. El presente y el futuro sólo son posibles si asumimos nuestro pasado y ella lo vio claro. Esa creo que es la razón por la que, aparte de haberse ganado el respeto mayoritario (si exceptuamos la carcundia retrógrada y los nostálgicos de otros periodos) ha logrado el cariño y el aprecio de los lectores y de la ciudadanía en general. De España a Colombia. De Argentina a México. De Madrid al mundo. Quien ha aprendido en sus propias carnes que odiar o guardar rencor sólo nos destruye por dentro, únicamente tiene ansias de conocimiento, voluntad de aprender del pasado para no repetir tragedias y abordar el porvenir compartido.

Y no quiero olvidarme tampoco de cómo construye a sus protagonistas femeninas, tan autónomas en sus decisiones, evidenciando un feminismo militante que es espejo para muchas mujeres, ajeno a lo pacato, a los roles atribuidos a las mujeres de la negrura que supuso el franquismo. También me ha gustado mucho siempre esa forma de ser de izquierdas tan definida, esa destreza para escribir con la feraz energía de quien ha aprendido que la literatura sirve para transformar el mundo, yendo de lo pequeño a lo grande, del detalle que afecta a lo particular a la generalidad de lo colectivo. Y todo ello ejerciendo sensatamente su deber ciudadano, como persona destacada y con opinión apreciada

para parte importante de la sociedad civil. Polémica, valiente, fieramente humana en su solidaridad, nadie puede encontrar en su trayectoria una vacilación, un titubeo. Sabía su sitio, su espacio asentado en el corazón y en el raciocinio de sus fieles lectores y por eso nunca estuvo en venta. Actuó de frente, sin miedo ni complejos, con la autenticidad de los intelectuales que han de ser eternos.

Atendiendo a esto, sus casi cuatro décadas de consagración perenne al oficio literario para descubrirnos una época silenciada, falseada, cargada de naufragios, ruinas, amarguras y ausencias, han supuesto un ejercicio permanente de honestidad, de lealtad constante a unos ideales, combinado con una férrea voluntad de ser útil por la que le debemos un profundo agradecimiento. Esta adhesión inquebrantable a los perdedores (da igual: la batalla en defensa de los derechos, la guerra o la dictadura, de izquierdas o derechas, porque siempre son similares en todos los países) es lo que más la honra, lo que resulta más admirable, lo que justifica -aunado a su habilidad excepcional para contarlo luego- galardones como el Premio Nacional de Narrativa, el Premio Liber o la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes otorgada a título póstumo. Almudena, sin estridencias y con su naturalidad y sencillez, ha construido una pedagogía de la verdad desde la emoción, sin perder su creatividad y utilizando las palabras precisas, respetando la identidad de un pueblo herido donde, para propiciar la convivencia real, resultaba imprescindible visibilizar que, en la Guerra Civil que siguió a la rebelión militar contra la II República, hubo vencedores y vencidos, traidores y traicionados. Que ya son pasado, pero un pasado con damnificados. Así se forja una paz duradera y se marginan radicalismos. Esa paz que ella ya habita tan cerca de las estrellas, con un fulgor de lirios, amapolas y violetas en sus manos, ahora que forma parte de nuestra historia sentimental compartida. Porque Almudena Grandes, sosegada placidez de quien ha vivido honradamente, decencia ética hasta el último minuto, ha logrado con su modo de proceder entrar en la Historia de la Literatura española con mayúsculas. Ahora el mejor homenaje es seguir leyéndola con la atención que merece, darle un lugar de privilegio en nuestra personal biblioteca.